Tom. III. Num. 60. —73— 2 de Junio de 1844.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

PALINODIA.

Menguada cosa es cantar la palinodia para el que tiene sus humillos y su aquel; pero nada arguye buena fé y hombría de bien, como reconocer una falta involuntaria y desagraviar al injustamente ofendido. La Risa, que aunque con su cabeza de chorlito siempre retozona y alegre, es mozuela de pundonor, y por ningun concepto pasar quiere por ruin meretriz, dijo ya en su prospecto que con ninguna de sus zambras y chungas trata de ofender á nadie, sino de hacer reir á todo el mundo por medio de estravagancias sin hiel ni malicia. Así pues, si en algunas de sus páginas se cree ofendida alguna de esas susceptibilidades que tienen la habilidad de no saber distinguir de colores, ni hacerse cargo del objeto de las cosas; que carecen de la correa necesaria (como suele decirse) para tolerar una chanzoneta inofensiva, desde ahora retira La Risa de sus renglones cuanto se juzgue agraviante, y se retracta de ello con la mejor fé del mundo;

Porque en todos sus renglones
solo aspira á promover
gusto, diversion, placer,
buen humor y suscriciones.

La Risa hace esta formal declaracion porque se nos ha descolgado el cabildo de Santander con un articulazo furibundo en que, con la mansedumbre evangélica de que los buenos siervos de Dios deben dar ejemplo á las demas criaturas, se prodigan á La Risa, sin la menor consideracion á su sexo, lindezas y piropos que no hay mas que pedir, solo porque en el número 43 contiene un artículo con el epígrafe de Pantalones. Dice el pundonoroso cabildo de Santander, que el autor de los Pantalones (no se vaya á creer que es algun sastre) «se propone no así criticar, sino calumniar atrozmente al Sr. Obispo, sin provocacion de ningun género y sin otro objeto que ejercitar la maledicencia etc. etc. y añaden aquellos mansos siervos de Dios, «*que el artículo de los* Pantalones *es un libelo infamatorio, que su autor es un infame calumniador, un embustero y un herege, que su lenguage es obsceno y descomedido, que les causa ira y les enciende la sangre el estado de degradacion á que ha venido la literatura de nuestros dias,*» y otras declamaciones no menos injustas y virulentas, que prueban hasta la evidencia la moderacion, la templanza y celo religioso de unos santos varones dignos ministros del Dios de paz y de bondad.

Dice tambien el cabildo de Santander «que es falso que el Sr. Menendez de Luarca en ningun tiempo tuviese hospedada en su palacio muger alguna, ni ama, ni sobrina, ni jóven, ni anciana; que es falso que hubiese predicado el sermon de los Pantalones, que es falso que el Sr. Luarca concurriese por la noche á tertulia ninguna, que es falso así mismo que S. I. se pasease al dia siguiente del sermon por las calles ostentando los pantalones nuevos, pues ni con pantalones ni sin ellos (¡Ave Maria Purísima!), jamás acostumbraba el Sr. Obispo pasearse por las calles.» Añade que «su vestido era tan pobre como su frugal comida. Nunca permitió hacérsele nuevo hasta que por decirlo así se caia á pedazos el que tenia en uso. Baste decir que á su muerte solo se le encontró un par de calzones y una chupa, á la que faltaban grandes retazos en la hoja inferior de las mangas, de puro usadas.»

La Risa se complace en haber estractado las mismas palabras del venerable cabildo de Santander en prueba de imparcialidad y en desagravio del citado obispo. Solo le queda que añadir, que en el artículo de los Pantalones no solo no se nombró para nada al respetable y virtuoso Sr. Menendez de Luar-

ca, sino que la intencion del articulista fué hacer inocentemente reir por medio de una fábula inofensiva y de pura invencion. Si á pesar suyo ha ultrajado por ignorancia la memoria de algun santo prelado, se retracta de cuanto ha dicho en el artículo de los PANTALONES, se arrepiente de todo corazon de haber escrito sobre los PANTALONES, y pide sinceramente perdon á todo el clero de Santander por tan grave culpa, esperando que sus paternidades reverendas le disimularán un agravio involuntario, del cual está cordialmente arrepentido, y aun se lisonjea que rogarán á Dios le perdone tambien para que no sea este un obstáculo á que alcance un dia la gloria eterna. Amen.

Por mandato de LA RISA,
el cocinero Abundio Estofado.

UNA GARANTIA.

Hija de un difunto padre
y de una casi mujer,
dió Manuela en la manía
de casarse.... ya se vé.
Dejado de Dios sin duda,
el novio tenia que ser,
y así pensó echar Manuela
á mi garganta el cordel.
Se empeñan en que me case;
pero conviene saber
por qué me caso y el cómo,
con qué objeto y para qué.
Porque el casarse requiere,
(ó yo no entiendo lo que es),
algunas esplicaciones
antes de decir amen.
Pues señor, un dia en misa
me pisó, sin mas poder,
en el vigésimo callo
Doña Mercedes Gatél.
Tan de firme me sentára
sobre el mio el tosco pié,
que á pesar de ser de dia
mil estrellas me hizo ver.
Me quejo, pero ella al punto
me dice «perdone usted»;
y tuve ¡vaya una gracia!
que responder «*no hay de qué.*»
Sucedió despues de misa
lo que suele suceder,
y llegamos casi á un tiempo
del agua bendita al pié.
Voy á tomar de la pila,
y con mucha candidez
me aparta el brazo la hija
queriendo tomar tambien.
«Permitidme, alma cristiana,
dije, dulce cual la miel,
que tengo yo agua bastante
para que se moje usted.»
Llegó á mis dedos los suyos,
luego su madre, y despues....
me dieron ambas las gracias
y respondí «no hay de qué.»
La tal chica me causára
así, de pronto un placer,
(no sé si placer seria,
pero me gustó pardiez).
En fin, me enriuglo tras ellas,
¡por vida de Lucifer!
que el saber donde vivian
carito me costó á fe.
Por espacio de hora y media
el oso tuve que hacer,
(y lo peor no fué el oso
porque esto me sienta bien),
Sino que ya me cansaba
de caminar tanto á pié,
desde la iglesia del Cármen
al barrio del Avapiés.
Llegan por fin á su casa
(quiero decir de alquiler),
porque eso de *su* demuestra
propiedad, y no hay de qué.
A tiempo de entrar en casa
me dan ganas de toser,
Manuela vuelve la cara,
se sonrie, yo tambien.
Y á través del velo espeso
que me ocultaba su tez,
interpreté una mirada
por «*Abur, hasta despues.*»
Dicho y hecho, por la noche
en un baile la encontré,
pero no de Villahermosa,
sino en casa de Miquel.
Allí tuve la fortuna
(la desgracia fué despues)
de contemplar mas de cerca
de Manolita el desden.
Me pareció que me oía
con un poco de interés,
y en un verbo cuatro verbos
y un dativo la endosé.
En efecto, por pasiva
volvió los verbos tambien,
y allí el demonio sin duda
se puso á hacerme el cordel.
Su mamá la habia dejado
de una vecina á merced,
quedándose sola en casa
con el rosario y rapé.
Me gustó la independencia,
y así nos fuimos los tres
á tomar un refrigerio
á una especie de café,
Que dió en llamar á dos mesas
y un pipote de Jerez,
el vulgo que asiste ufano
á los bailes de Miquel.
Siete copas (y cuidado
que no éramos mas de tres)
me puso á la cuenta el mozo
y sin gurgutar pagué.
Ibamos á entrar de nuevo
en el salon otra vez,
cuando el cotillon anuncia
que ya iba á amanecer.
Tuvimos por conveniente
abandonar el burdel,
y pian pianino nos vamos
al barrio del Avapiés.
—Vaya chica, que descanses...
—Estoy á los piés de usted....
—Ustedes hagan lo mismo....
—Que no haga daño el Jerez....
Se retira la vecina,
y de la puerta al dintel
nos deja muy satisfecha
de mi cara y proceder.
¡Manuela sola conmigo!
¡amantes los dos! pardiez,

que cada cual con esmero
desempeñó su papel.
Hubo aquello de «te juro....
—Hermosa, juro tambien.....
—Pero al cabo tú eres hombre...
—Y tú, Manuela, mujer.
De modo que nada falta
para ser felices, pues,
sino que me quieras mucho...
—Y tú que me quieras bien...
El portal estaba oscuro,
y yo no fuera cortés
si no ofreciera mi ayuda
en casos de lobreguez.
Emprendemos la escalera,
pero ¡ay! que se le fué un pié:
otro á mí; vaya, el demonio
que nos puso allí el cordel.
Nueve meses transcurrieran
desde aquella noche en que
tiró el diablo de la manta
y se descubrió el pastel.
Pero yo que corro mucho
(entiéndaseme el correr),
tengo para mí que corre
aun mucho mas ella que él.
Mauricio, Santos, Mateo
me lo dijeron ayer,
y á este ilustre triunvirato
hay que dar cristiana fe.
Sin embargo, se ha empeñado
Doña Mercedes Gatél,
en que yo soy un judío,
por un capricho tal vez.
—Mi hija es de buena casa
sí señor, sépalo usté.
—Convengo en cuanto á la casa,
aunque la escalera, pues,
Se encuentra un poco gastada
de sostener tanto pié.....
y no digo que esto tenga
con Manolita que ver.
Pero yo no soy, señora,
de esos tontos que en la red,
de la apariencia engañados,
caen en un dos por tres.
Que Manolita no tenga
muchas ganas de comer,
que por su gusto, ó el ageno
no pueda traer corsé,
Que la tenga por un ángel
ó una diosa en el Edem,
á quien convierte en demonio
en la escalera despues.
Esas son cosas de bulto,
y juro por Lucifer...
mas perdone usted, señora,
esta alusion.... —No hay de qué.
—Digo que en cosas de bulto,
Doña Mercedes, no sé
por donde se entra y se sale....
—Eso es mentira pardiez.
—Será, convengo, mas nunca
su yerno llegaré á ser,
porque no quiero una suegra
tan bonaz como es usted.
Haya demanda de agravios,
y á la presencia del juez
relate allí la vecina
lo del baile de Miquel.
El aguador por seis reales
sea testigo tambien;
y por doble un escribano
diga que vió y que da fé.
Salga sentencia de boda
ó á las armas; está bien,
primero que ser... ¿lo digo?
reniego y me voy á Argel.
Con que así, señora mia,
lo mas que yo puedo hacer
es tomar la sesta parte
bajo mi proteccion ¿eh?
¿No agrada? lo dicho dicho,
no me venga usted despues
con aquello de «judío,
mal caballero...» porque....
Tan aburrido me puede
su lengua infernal poner,
que por quitarla esperanzas
me case hasta con el juez.
Me vió ya tan decidido
que me contestó: «está bien,
ponga uste una garantía
escrita en esté papel.»
. . . . . .
. . . . . .
«Yo Don Fulano Engañado,
«que vive calle del Pez,
«digo, que la sesta parte
«de... (ya se sabe quién es...)
«Me pertenece, y por tanto
«mi proteccion la daré.
«Madrid veinte de diciembre
«del año cuarenta y tres.
«Dado en un cuarto boardilla
«mas miserable y soez,
«que todos los cuartos bajos
«del barrio del Avapiés.»
. . . . . .
. . . . . .
Esta es otra cosa ¡vaya!
¡yo casarme! no pardiez,
que ha de haber esplicaciones
antes de decir amen.

G. Ortiz.

LA FAMILIA DE LOS *VICE*, DE LOS *SUB* Y DE LOS *EX*.

Todo en el mundo es música. Esto no quiere decir que el mundo es una sinfonía, ni que todo en él sea música celestial; lo que quiere decir esto es, que el mundo está compuesto de escalas con sus puntos y medios puntos, bemoles y sostenidos. Si se consulta á los naturalistas, hallaremos que desde el reino mineral al vegetal hay muchos cuerpos que se confunden entre la inercia y movilidad de tal modo, que nadie sabe definir á qué reino pertenecen. Los hay que por una escala la mas lenta imaginable se van separando de la materia inerte, hasta llegar á la mas perfecta de las plantas, y los hay que, teniendo mas vida y mas espontaneidad en el movimiento, pero con una forma estraña á los animales y á las plantas, vienen á ser cuerpos anfibios ó hermafroditas entre el reino animal y el vegetal. Sucesivamente y por escala rigurosa se observa la marcha progresiva de los seres hasta el mas perfecto conocido, que es el hombre; pero de modo que de uno á otro animal es tan corta la diferencia, como sensible,

cuando entre dos puntos de comparacion quedan dos ó tres intermedios. De un europeo, por ejemplo, á un negro de Guinea, no hay mas diferencia que la del color; así como hay monos que distan muy poco de los susodichos negros; y sin embargo, comparado un mono con un hombre, se advierte una inmensa diferencia. Yo tengo para mí que al cabo de los siglos ha de venir otro ser mas perfecto que el hombre por razon de esa escala de perfectibilidad, y que á medida de la perfeccion en la forma humana, será tambien mas aventajado en sus cualidades morales.

Tratando solo de la escala del hombre con relacion á su categoría en la comunion social, que es el objeto de este artículo, lo primero será hablar de los puntos musicales, fijos, determinados é inalterables, y lo segundo de los puntos modificados, intermedios, mistos ó furrieles, es decir, entre cabos y sargentos.

Desde luego todo cuerpo necesita una cabeza, toda nacion un gobierno y toda sociedad chica ó grande un centro directivo; parece que he dicho tres cosas, y no he dicho mas que una. Al que representa la primera dignidad de una reunion de hombres, se le llama director porque dirige, ó presidente por presidir; pero como un hombre solo no puede reasumir todos los poderes en sí, claro es que necesita otros agentes subalternos para dirigir la máquina social, y de aquí nace ese eslabonamiento de jerarquías que, semejantes á una progresion geométrica decreciente, cada una va teniendo mas valor que todas las inferiores juntas.

Ahora bien: una sociedad ¿podria regirse con los empleos absolutamente necesarios? Claro es que sí, y claro es que no, y haré ver que ninguna contradiccion envuelve la respuesta. Cuando el hombre fuera tan virtuoso como le concibiera Rousseau en su mundo ideal, justo en el ejercicio de sus derechos y dócil á los deberes, es evidente que la sociedad no admitiria un cargo supérfluo; pero como por desgracia hasta el dia estamos dotados de pasiones mezquinas y miserables; como nos devora la ambicion de figurar, de donde viene la avaricia del oro, ha sido preciso satisfacer con empleos lucrativos y honores pueriles, las exigencias de los mal contentos con un órden de cosas justo, racional y equitativo.

Un presidente y un secretario bastan para regir un cuerpo lejislativo; pero así como un chiquillo tiene envidia cuando la madre acaricia á sus hermanitos, y una mujer siente los agasajos que á otras se dispensan, tambien hay hombres que sienten no ser los predilectos. Estos hombres me parecen á mí niños que han crecido mucho, ó mujeres vestidas de hombres. Sean lo que fueren es preciso contentarlos, y para conseguirlo debió crearse el innecesario cargo de vice-presidente; y no satisfechos con halagar á uno, prolongaron la escala de la vice-presidencia hasta el infinito, contando algunos congresos vice-presidentes á docenas.

La familia de los *vice* es hermana carnal de la de los *sub*, ó lo que es lo mismo, la familia de los *sub* es la misma que la de los *vice*, que trae el mismo orígen, hace el mismo papel y solo se diferencia en la pronunciacion. Se dice v. gr. vice-rector, porque no se pronunciaria con tanta facilidad sub-rector, á pesar de que no es tanto el trabajo que le cuesta al pueblo el pronunciar vice-presidente, vice-secretario, vice-cónsul, sub-secretario, sub-director, sub-prefecto y sub-diácono, como el mantener á una familia tan numerosa como la de los *sub* y los *vice* reunidos.

Hay disputas sobre cuál de las dos razas es mas perjudicial á los intereses del pueblo; yo creo que *las dos son peores*, como decia el inmortal Fígaro; y que si marchar de los *sub* á los *vice* es ir de Pilatos á Herodes, ir de los *vice* á los *sub* es volver de Herodes á Pilatos. Sin embargo, la raza de los *sub* es á la de los *vice*, lo que los antropófagos á nosotros en sociedad, lo que el veneno al azúcar, lo que los gobernantes á los gobernados, lo que los frailes á los hombres.

El *sub* es un ente fantástico que recorre todas las clases de la sociedad para atormentarla. Es el símbolo de la inquisicion; penetra por la menor rendija de las casas, intercepta toda comunicacion y escudriña y tasa todos los artículos comerciales é intelectuales sin conocer los artículos de la fé. Fácilmente inferirán ustedes que el *sub* de que voy hablando es el *sub*sidio. No sé cómo hay hombre que quiera comerciar teniendo que pagar el *sub*sidio de comercio; y alguno conozco sumamente industrioso, que se hace el tonto porque no le saquen el *sub*sidio industrial.

Si la nacion no prospera; si la patria no se desempeña, ni consigue ni conseguirá la suspirada nivelacion de los gastos con los ingresos, culpa es del *sub*, que á imitacion de los rios grandes que se aumentan sorbiendo el agua de los pequeños, con el dinero de muchos pobres llena la bolsa de pocos agiotistas. Este *sub* tan aristocráticamente parcial, tan injusto y tan enemigo del tesoro público es un *sub* femenino llamado «*sub*asta» que ha parido muchos hijos varones llamados «*sub*arriendos» tan parecidos á la madre, que entre todos han sumido el estómago de los pobres en un mar de viento, donde infaliblemente serán víctimas del temporal, si Dios no lo remedia. A esto de *sub*arriendos y *sub*astas dan la disculpa los subarrendatarios y subarrendadores de que amor con amor se paga, y que un *sub* mata otro *sub*, porque sin una subasta el gobierno no po-

dria *sub*venir á las necesidades, ni *sub*sanar los perjuicios de una *sub*levacion.

Vamos con la familia de los *ex* que es la mas numerosa que se conoce, como que de trece millones de habitantes, puede que pasen de quince millones, los seres que pertenecen á esta raza, y lo probaré. Claro es que un hombre no es mas que un individuo; pero como hay Fulanos Garcia de Garcia ó Lopez de Lopez y duques, grandes de España seis ó siete veces, tambien hay españoles emparedados en tabiques de *ex*, ó que tienen el *ex* por todos cuatro costados. Puede uno ser ex-realista, ex-nacional, ex-diputado y ex-ministro, y si por la prodigalidad de títulos y tratamientos, es ademas excelentísimo señor, cuenta un *ex* por cada sentido.

La familia de los *ex* es el vice versa de la de los *sub* y de los *vice;* porque esta impera mientras aquella anda de capa caida, y así se les conoce á todos hasta en el rostro. Un hombre en el mando es una flor en la primavera, un hombre en la desgracia es un árbol en otoño. ¡Qué satisfaccion! ¡qué superioridad hay en la cara de un poderoso! ¡Qué melancolía en las facciones del que no tiene dinero! ¡Qué distinto horizonte presentan las cosas á los unos y á los otros! A un pobre todo le sienta mal; si llueve ¡malo! porque no tiene mas sombrero que el que lleva encima y otro, y el otro es el que lleva encima. Si no llueve ¡malísimo! porque se perderá la cosecha y andará el pan por las nubes. Juzga del humor de todos por el de sus tripas, y cree que nadie tiene gana de broma, porque él no la tiene, y así cuando llega alguna festividad, como ahora la de S. Isidro, suele decir: no, pues este año poca gente irá á S. Isidro, no está el tiempo para diversiones; y precisamente aquel año se desploma el pueblo de Madrid en la campiña del santo. ¿Viene el aire gallego? malo, porque se helarán los trigos. ¿Viene solano? peor, porque se quemarán los garbanzales. ¿Oye un pregon en la plaza, ó ve un bando en las esquinas? Corriendo á ver qué dicen, por si mandan barrer las puertas de la calle á todos los pobres, ó arrojarse por el balcon, á fin de obedecer antes que pidan un ducado de multa. El rico al reves; ¿llueve? que llueva, nos soplaremos en el coche y los caballos y el cochero serán los que se mojen. ¿Hace calor? no importa mientras haya nieve en los pozos. ¿Pregonan? que pregonen, con los ricos no se han de atrever, y si se atreven todo lo arregla el dinero. ¿Le convidan á un entierro? entretiene á los del pésame con cuentos y chascarrillos. En fin, ve alegria donde el pobre tristeza; imagina delicias donde el pobre desgracias, y así como para el pobre todo es luto y desolacion, para el rico todo bataola, boda ó bateo.

Así cuando vemos un rostro compungido y exánime decimos: qué cara de exclaustrado tiene ese hombre; parece un alma en pena, murmurando para sí: tal me verás que no me conocerás.

Por último los *ex* dicen á los *vice* lo que los viejos á los niños: allá llegarás ó la vida te ha de costar; porque no hay empleado que no pare en ex-empleado y á fé que bajo este punto de vista no sé quién de las dos familias es mas gravosa á la nacion; yo creo que la de los *ex* por ser mas numerosa, y porque trabaja menos, pues todas las rentas de España no bastan ya para pagar á ex-gefes políticos, ex-ministros, ex-claustrados y excedentes.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

Romanticismo.

UNA ESCENA DE HORROR.

DOÑA MENCIA.—DON TELLO.

Se alza el telon: el teatro representa
la sala de madama... *no sé cuantos.*
(El autor de su olvido se lamenta;
mas tiene de estos tantos!...)
Brilla do quier la seda trasparente,
do quier el rico terciopelo brilla
y el oro resplendente
(Nota esencial: *la escena es en Castilla*).
Todo, en fin, rebosando de elegancia;
aquí reina el ornato, aquí *la moda!...*

(Soy perito, lector; no he estado en Francia,
pero en los mapas, sí, la he visto toda.)
Cuadros, sillas... *et cetera*, *que creo*
que el juicioso lector me habrá entendido,
y tanta frase inútil y rodeo
á mi corto entender no es mas que ruido.
A la vista del *público ilustrado*
aparecen mis héroes... brava fiesta!
ya la presiente el *patio* entusiasmado;
cesó el motin, enmudeció la orquesta.
Ambos á dos ilustres personages
visten modernos trajes
y ante el pueblo que atiende embebecido,
en sesion permanente,
entre otras cosas de que yo me olvido
se dicen lo siguiente:

—Ya era tiempo, *señor*, no os parecia?
—Me aguardábais, *señora*?—No, á fe mia.
—Qué indiferencia tan cruel!—Sin duda.
—Oh! lo decis de un modo!... esa ironia...
—No tal.—Será aprension.—Eh! quién lo duda?
—Ah! no; vos me engañais!—No fuera estraño;
no lo haceis vos conmigo?—Yo, señora!
que así olvideis mi amor! ay! cuántas veces,
tibia al pintar vuestras queridas rejas,
con su alba luz me sorprendió la aurora
lanzando al viento mis ardientes quejas!
Cuántas y cuántas la tranquila luna
viéme á la orilla del sonoro rio
con mi dolor, con mi pasion á solas,
y oyó mi voz y contempló mi llanto
acrecentando las revueltas olas!
—Sois elocuente, á fe.—Doña Mencía!
—Callad, *mónstruo*, *callad*, *ó vive el cielo*
que en mi cólera justa, aunque impotente,
habré de confundir vuestra osadía;
con tan fiera falsia
correspondeis á mi cariño ardiente?
venis de ver ahora
á mi rival, decid?—Por Dios, señora!
—Todo lo sé; tu *fámulo*... apartaos!
—Juzgais... soy incapaz... —Harto lo veo.
—Me hareis desesperar! —Desesperaos.
—Y pudisteis creer... —Todo lo creo.
—Ha sido *un cisma!* —No, no ha sido cisma;
Tiembla, infeliz, te romperé la crisma!
—Oh! no hagais tal.—Temeis?... tanto os aterra
de una *flaca mujer* la ardiente furia?
—Tened la lengua, por piedad, señora,
no hagais á mi *valor* tamaña injuria.
—Don Tello, vive Dios! —Jurais ahora?...
—Quereis callar?— Si lo exigis...—Lo mando.
Idos de aquí (la cólera me abrasa!).
no pongais mas los piés en esta casa.
—Comprendo: algun galan...—Y osais hablarme?
—Me despedis... adios! (voto á los cielos!)
Guay, ingrata beldad, sabré vengarme
y en sangre impura sofocar mis celos.
Adios!... qué!... no me ois? adios, Mencía!
Tu amor fué una *ilusion*, mi bien *quimera*...
Tú has roto mis *ensueños!!!* —Todavía!
Yo os daba ya, Don Tello, en la escalera.
En fin... no os vais?—Piedad!—Idos!—Espera.
Una palabra mas!—Oh! No!—Tirana!
—Pronto, salid, ó por quien soy, don Tello,
que os mandaré arrojar por la ventana.
Burlar pensasteis mi pasion sincera?
Rondábais de otra dama los balcones?
Dábaisla dulces músicas, perjuro!
Y alegrábais su calle con canciones?
—Loca estais, vive Dios!—Vos sois la causa.
Pero no, no os reireis!—Yo no me rio.
Líbreme Dios!—Me vengaré, lo juro!
—Os voy á *repelar*!—Vírgen de Atocha!
Si me sacais con bien de tanto apuro!...
—Oh! no teneis vergüenza?... Así á mis ojos
os presentais sin miedo á mis enojos!
Tan débil me juzgais... soy una fiera!...
os echaré á rodar por la escalera!
—Tened!—Castigaré vuestra osadía!
—Tendreis valor....—Pues no?... Voy á probarlo.
—Oh! no os incomodeis... por Dios, Mencía!
Os conozco tan bien!... cómo dudarlo?
—Huid! tomad la puerta!—Eso es muy justo.
(Me adivinó sin duda el pensamiento.)
Siempre me desvelé por daros gusto.
—Qué haceis? —Obedecer; marcho al momento.
—Vais *á ver á madama*?... hablad! (yo rabio!)
—Sí... voy... tal vez... —Infame, sella el labio.
¡Así mi amor en tu demencia ultrajas!
Con que quereis jugar con dos barajas?
No, no saldreis!... de la venganza impía
dentro del corazon arde el deseo...
Llegó del crimen el tremendo dia!
Un mar de sangre ante mis ojos veo!
A la lid, á la lid!... en su braveza
mis *falanges* avanzan... la victoria
con su laurel circunda mi cabeza;
cubre mi frente el pabellon de gloria!
Flota á los vientos mi pendon de muerte,
tiende la niebla su *gigante* velo...
—(Tiemblo!) —El villano con asombro inerte
rueda ante mí... la tempestad retumba
y honda surcando el fulminante cielo,
abre á sus piés aterradora tumba.
Do quier domina mi furor!—Señora!...
—El es, él es! traidor, no os lo decia?
Os voy á repelar!!! temblad ahora.
—Mencía, por piedad! —No soy Mencía!

Llegó el instante á mi venganza fiera!...
Rodad, mónstruo feroz, por la escalera.

Y diciendo y haciendo
sobre el *pobre Don Tello* se abalanza,
sus agudos clamores desoyendo
en el ciego furor de su venganza.
Del público risueño ante los ojos
queda el campo cubierto de despojos;
suena un silbido, un ciento le contesta,
cae el telon y acábase la fiesta.

FRANCISCO CEA.

ALLA VA ESO.

—

Pues el diablo me saca
de mis casillas,
templaré la carraca
con seguidillas.
Alsa, pilile;
y el que tenga farola
que despavile.

—

Prendiéronme de amores
Paca y Manuela,
Nicolasa y Dolores,
Luisa y Adela.....
Con viento vario,
daré vuelta en dos meses
al calendario.

—

Afirmé á tres gallegos
ante testigos,
que en Madrid á los ciegos
les daban higos;
Y en tres minutos
se sacaron los ojos.....
pero ¡qué brutos!

—

Por ahorrar competencias,
segun infiero,
entre todas las ciencias
¡viva el dinero!
Que siendo rico
es doctor *in utroque*
cualquier borrico.

—

Al dinero (y se asombran
de oirlo muchos),
educacion le nombran
los que estan duchos;
Yo al que se asombre
le haré ver que algun sabio
le dió este nombre.

—

Si de un baile te alejas
triste y mohino,
notan niñas y viejas
«ha estado fino!»
Mientras tú notas,
no faltas de *finura*,
sino de *botas*.

—

Con espresiva seña
me dijo Luisa:
¡qué gente tan risueña
la de *La Risa!*
Y esta señora
por ostentar los dientes
es suscritora.

—

Lo entienden y de veras,
muchos amantes
amando á las guanteras,
por tener guantes.
Y yo, bellaco,
rondando á una estanquera
compro el tabaco!

—

Conozco yo á una moza
de las mas ternes,
que con Paco retoza
todos los viernes;
Y así concilia
el uso de la carne
con la vigilia.

—

«Dame un beso, Quiteria,»
dije muy tierno;
y la moza muy séria,
«te daré un cuerno!»
Y he respondido:
no serás tan escasa.....
con tu marido.

—

Encerrado con llave
me estoy en casa;
el señor solo sabe
lo que me pasa!
Y el estribillo,
por andar en las eras
cojióme el trillo.

E. F. SANZ.

AMBIGÚ.

Picadillo de pavo.

Se quitan todas las membranas y tendones de las carnes de un pavo; cocido el resto, se pica muy menudo y se sirve con un aderezo de coscorrones. Por encima se pueden poner algunos huevos estrellados.

Adobo de pavo.

Lo que quede de un pavo despues de haberle cortado en trozos medianos, debe ponerse en un adobo cocido, se escurre, y se pone en pasta para freirlo y servirlo rodeado de peregil.

Ganso.

Se toma un ganso, se le mecha y rellena con castañas cocidas, se ata y se pone en una caldera con media libra de pierna de ternera, y rodeado de ajos, cebollas y un ramillete: el todo se cubre con nuevas lonjas, mojándolo con una mitad de vino blanco y otra de caldo; se cuece á fuego moderado, se desangra y cuando está a punto se pasa el cocimiento por el cedazo, se clarifica con una yema de huevo, y se sirve frio sobre el adobo.

Ancas de ganso escabechadas.

Se las pone por algun tiempo en agua hirviendo, sin dejarlas hervir enteramente, y se las saca para cocerlas con vinagre y vino en que se haya mezclado un poco de gelatina: se prosigue el cocimiento sin completarlo, y se meten en botellas de cuello ancho para llenarlas de salmuera. Despues de bien enfriado todo, se cubre con un corcho lacreado, sobre el cual se ata una vejiga ó un pergamino bien mojado.

Modo de conservar las pechugas y ancas de ganso.

Despues de medio cocidos los gansos que se hayan elegido mas cebados, se les cortan las alas y las ancas: se dejan enfriar, y se las frota con una mezcla de sal y nitro para colocarlas en capas las unas sobre las otras; entre cada capa se echa otra de hojas de laurel, salvia y tomillo; se reune toda la grasa que pueden dar por ambos lados, se sacan los trozos de ganso del adobo, y se acaban de cocer con su misma pringue. Se reconoce que están en su punto, cuando picándoles con un alfiler ú otra cosa punzante no hacen resistencia alguna: antes que se enfrien enteramente se ponen en el fondo de una vasija bien apretados unos contra otros, se echa la grasa en gran cantidad para que los cubra á lo menos dos ó tres pulgadas, y si no han desprendido tanta cuanta sea necesaria, se añade manteca de puerco para completar su cocimiento.

Pichones.

Hay dos clases de pichones, los de palomar y los torcaces. Los primeros se ponen al asador cuando son tiernos y se les cubre con un embozo de tocino y hojas de parra; los otros sufren mayor variedad en la manera de prepararlos para la mesa.

Pichones á la cardenal.

Se frotarán con zumo de limon para blanquearlos y se les hace revenir en manteca de puerco sin dejarles que tomen color, despues se ponen en una cacerola preparada con tocino, se les echa por encima la manteca en que han cocido, se cubren con otras lonjas y un papel, y cuando esten á punto se sirven, poniendo entre ellos cangrejos, y con una salsa preparada con estos.

De otro modo.

Se abren los pichones por la espalda, sin dividirlos enteramente; se aplanan y sazonan con sal y pimienta en suficiente cantidad para bañarlos en manteca tibia, y se ponen en las parrillas hasta que esten á punto, para servirlos con una salsa picante.

Pichones á lo marinero.

Se echan en manteca con tocino cortado en pedazos; se mojan con mitad de caldo y vino blanco, y se añaden setas.

De otro modo.

Se abren los pichones por la mitad, se les echa en manteca; y cuando ya estan coloreados y á la mitad del cocimiento, se añaden setas y perejil picado; un instante despues se sacan los pichones, y se deslie su grosura helada con un poco de caldo y vino blanco que se le echa por encima.

Pichones en papel.

Se les cortan los alones, y se les divide á lo largo, se polvorean con sal menuda, y se pasan por manteca. Cuando han adquirido consistencia, se sacan y se les echa un poco de harina y caldo, setas y peregil picado; reducida la salsa, se derrama sobre los pichones, la mitad sobre uno y la mitad sobre otro; y se pone una lonja por cada lado, se envuelven en papel untado con manteca, y se asan en parrillas.

Pichones con guisantes.

Se echan los pichones en manteca con tocino hecho pedazos; se añade una cucharada de harina, y se humedece con caldo; se pone ademas un ramillete de peregil, y por encima de todos los guisantes, que deberán cocerse á fuego lento. Antes de servirlos se les echa dentro un poco de azúcar.

MADRID — SOCIEDAD LITERARIA — 1844.
IMPRENTA DE D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, CALLE DE SAN ROQUE, NÚM. 4.